

Un paseo por la

Texto y fotos: MIGUEL MENA

A menudo las noticias repiten nombres que a fuerza de escucharlos se convierten en muy familiares, aunque no siempre seamos capaces de identificarlos. Por ejemplo, desde hace años se repiten las referencias a Yesa, Santaliestra y Biscarrués por ser tres proyectos de pantanos envueltos en la polémica entre quienes los desean fervientemente y quienes los rechazan tajantemente. Un día hice la prueba de preguntar a personas de mi entorno por la ubicación exacta del último de ellos y nadie lo supo enclavar adecuadamente. Entonces decidí que ese era un lugar lo bastante desconocido como para merecer un paseo en bicicleta.

LA FICHA

Biscarrués se encuentra a 78 kilómetros de Zaragoza, saliendo por la autovía de Huesca, tomando la desviación en la salida Zuera Norte y siguiendo por Las Pedrosas, Piedratayada, Puendeluna y Ardisa. La carretera entre estos dos últimos pueblos es el peor tramo del recorrido. Desde Biscarrués a Sierra Estrobad hay unos 78 kilómetros, dos tercios de los cuales son por pistas de tierra. Los 78 de vuelta son en gran parte un prolongado descenso.



Contacta con nosotros en
enbici@aragonrutas.com

Galliguera



La mayoría de los zaragozanos desconocen que, aun siendo provincia de Huesca, Biscarrués está en la misma raya con la provincia de Zaragoza y se encuentra sólo a 78 kilómetros de la capital, que serán bastantes menos cuando concluya la carretera que debe unir La Paúl con Marracos. De hecho la distancia ya era más corta hace muchos años a través de la línea de ferrocarril que, después de Zuera, seguía en línea recta hacia Ayerbe, paralela al río Gállego, el camino más corto de Zaragoza hacia el Pirineo. De ese pasado aun se puede encontrar una estación abandonada, ya sin vías, con un cartel compartido por Biscarrués y Piedramorrera. Quien se apeaba allí tenía que andar unos cuantos kilómetros para llegar a ambos pueblos, ni siquiera visibles desde la vaguada que atravesaba el tren.

Biscarrués se asienta en un valle tranquilo y discreto, pero tiene como telón de fondo un paisaje espectacular: a la derecha, los mallos de Riglos, a la izquierda, los mallos de Agüero, y en medio, las cumbres nevadas del Pirineo. Eso es lo que ve el ciclista cuando recorre la recta que le acerca a Erés, el pueblecito que quedará bajo las aguas si finalmente se construye la presa. Erés es una pedanía de Biscarrués, apenas un cogollo de casas a tres kilómetros de distancia de su cabecera municipal. El viajero tiene una impresión extraña en este tramo, porque sabe que el Gállego pasa muy cerca y sin embargo no se ve. En Erés está la explicación y también un buen mirador para comprobar que si pasa desapercibido es porque el Gállego ha excavado un cauce profundo y fluye unos treinta o cuarenta metros por debajo del pueblo, en un rincón que además de ser de una gran belleza parece permanecer deliberadamente oculto, como si no se dejara descubrir por cualquiera.

Las casas de Erés se agrupan en torno a una placita presidida por el brocal de un pozo, y de allí sale el camino que lleva a la ermita y al cementerio, y también a unos campos de labor que, a pesar de estar a tan pocos metros de una gran corriente de agua, son de secano.

Otro pequeño salto de tres kilómetros, esta vez a través de un camino de tierra porque el asfalto se acaba en Erés, y desembocamos en la carretera que conduce desde Ayerbe a Santa Eulalia de Gállego. Otro rincón de gran belleza: la carretera describe una gran curva para cruzar el río por el punto más estrecho, y lo hace sobre un puente de hierro, al más puro estilo de los que se construían a finales del siglo XIX y principios del XX. Bajo él, las aguas pasan vivas, movidas pero no agitadas, y con un color verdeazulado que despliega toda su intensidad cuando le acompaña el sol, aunque también los días de lluvia tiene su propio brillo.

El río marca la divisoria entre las provincias de Zaragoza y Huesca, en una decisión administrativa que en este tramo resulta un tanto absurda y tiene poco que ver con el mundo real: los pueblos que

están en la margen izquierda son oscenses, es el caso de Biscarrués y Erés, mientras los núcleos que se asientan en la margen derecha, como Santa Eulalia, Morán y un poco más arriba Murillo, a pesar de su fuerte personalidad altoaragonesa, forman una punta de lanza zaragozana que se adentra en la provincia del norte. Me dirijo hacia Santa Eulalia de Gállego, pueblo que tengo a la vista, al alcance de la mano, pero apenas remonto la cuesta me encuentro con un camino a la izquierda y un cartel que marca 8 kilómetros a Sierra Estronad, topónimo lo suficientemente extraño y atractivo como para llamar la atención. Consulto el mapa y compruebo que figura como pueblo abandonado, lo cual siempre es una promesa de descubrir un lugar remoto con un punto de misterio y otro de melancolía.

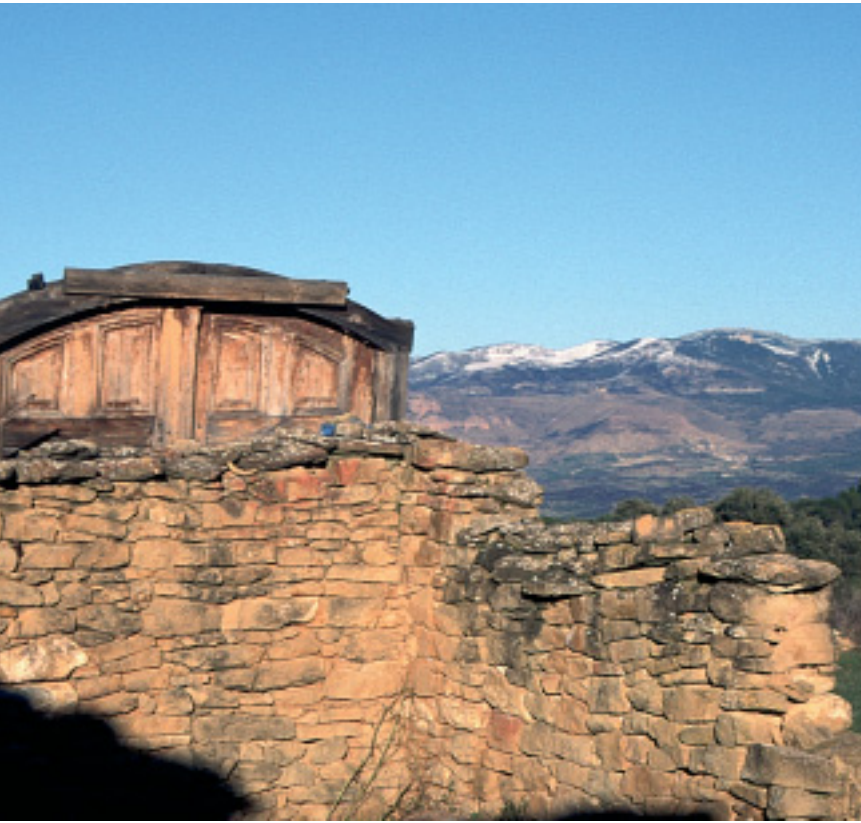
El camino es una pista ancha, por lo general bien cuidada, que se adentra en la montaña, primero de



«Biscarrués tiene como telón de fondo un paisaje espectacular: a la derecha, los mallos de Riglos, a la izquierda, los mallos de Agüero, y en medio, las cumbres nevadas del Pirineo».

forma suave y luego con pendientes algo más bruscas. La garganta por donde avanza va estrechándose progresivamente y haciéndose más tupida en árboles, con los pinos adueñándose de todo el lugar. Al cabo de unos seis kilómetros, cuando ya se ha ganado una considerable altura, el paisaje se abre a la derecha y desde allí se contempla una espléndida panorámica de las cumbres pirenaicas y prepirenaicas. Esa vista nos acompañará hasta las proximidades del collado donde un desvío a la izquierda marca la ruta hacia el pueblo abandonado. Allí el visitante se encuentra con una sorpresa: para tratarse de un lugar deshabitado, resulta chocante que se anuncie en el camino con un bonito cartel de cerámica colocado sobre una pequeña pared de piedra. A quien ha frecuentado otros términos municipales ahora convertidos en fincas de caza, el cartel le hace sospechar que éste ha podido correr el mismo destino, pero la respuesta es otra y aún hay que reco-





«En algún momento no puedo evitar un pensamiento: el camino por donde voy será algún día el fondo de un pantano. Espero que haya una buena justificación para sepultar bajo las aguas un rincón tan bonito».

rrer algo más de un kilómetro para comprobarlo.

Sierra Estronad aparece en la ladera de la montaña, estratégicamente situado mirando al sur, listo para recibir los rayos del sol mientras domina un extenso territorio en el que a lo lejos se distinguen las casas de Biscarrués. El lugar parece idílico, pero evidentemente no debió de serlo para quienes vivieron en épocas de penurias que harían más duro el aislamiento. Porque el lugar es muy hermoso, pero también muy alejado de la civilización. El cartel que vi en el desvío miente un poco. Se queda corto. Desde aquí a Santa Eulalia hay al menos 10 kilómetros de soledad.

Pero Sierra Estronad reserva una sorpresa: no está tan solo como apuntan los mapas. Al llegar veo un coche con matrícula extranjera y enseguida sale a saludarme una mujer, de acento extranjero, extremadamente educada. Me invita a pasear por el pueblo con la recomendación de que no penetre en las casas cuyos muros y tejados ofrezcan peligro de desprendimientos. También dice que me encontraré con algunos animales sueltos y que son inofensivos.

Así recorro la única calle de Sierra Estronad, una calle que va de norte a sur, mirando al valle, y en cuyo eje está la iglesia junto a lo que debió de ser una plaza y ahora es lugar para el esparcimiento de varios cerdos y un caballo que muestran un gran interés por el recién llegado. Sobre todo el caballo. Ya no me lo podré quitar de encima. Allí donde me asome, el equino viene detrás, me husmea, busca que le acaricie. No es que sea amistoso, es que se trata de un animal realmente mimoso.

Cuando completo la visita, me detengo a conversar con la mujer. Tendrá poco más de cincuenta años, el pelo gris plateado, una cierta elegancia natural. Me cuenta que es holandesa. En su país era profesora, pero hace cinco años que vive con su marido en este rincón apartado del mundo. A veces también reside con ellos un hijo que ahora se encuentra en Australia. No ha podido irse más lejos.

A mí me sorprende que vivan en un lugar tan aislado y a ella le sorprende que a los españoles no les guste vivir en sitios así, aunque luego me comenta una posible justificación:

—Será que ha pasado de padres a hijos el recuerdo de la pobreza en que vivían en estos pueblos.

Desde luego, no hay mucha gente a quien le apetezca vivir en un paraje tan apartado, a diez kilóme-



tros del pueblo más cercano, sin carretera, sin teléfono (tampoco hay cobertura para los móviles), sin electricidad, sin agua corriente, sin vecinos. Estos holandeses le echan mucho valor, o simplemente es su manera de encontrar la felicidad.

Me despido de esta agradable mujer e inicio el camino de regreso, que pronto se convierte en un vertiginoso descenso. Antes de darme cuenta, estoy otra vez en la carretera, y luego llego al puente de hierro sobre el Gállego y observo que, en un rincón una raya azul y otra blanca me señalan un sendero hacia Erés siguiendo el río. Decido volver por ahí para conocer otra vista diferente. Es una senda hermosísima que discurre pegada a la margen izquierda del río. En algún momento no puedo evitar un pensamiento: el camino por donde voy será algún día el fondo de un pantano. Espero que haya una buena justificación para sepultar bajo las aguas un rincón tan bonito. Son unos tres kilómetros de ribera arbolada, con espacios abiertos que invitan a sentarse junto a un agua que corre con un color envidiable, muy diferente del aspecto cochambroso que este mismo río adquiere al llegar a Zaragoza. También me pregunto si alguno de los que postulan esta obra han paseado alguna vez por aquí. Y puestos a interrogarme, me planteo si no sería tan útil invertir en el desarrollo turístico de esta zona, donde ya operan varias empresas de turismo rural y turismo deportivo, como hacerlo en los posibles regadíos que se pretendan crear inundando este valle. En fin. Dejo de darle vueltas a las cosas porque tanto pensamiento me impide disfrutar como merece este territorio desconocido al que han colocado la etiqueta de sumergible.





